

LAS BULAS DEL OBISPO

MIGUEL ÁNGEL PERERA



LAS BULAS DEL OBISPO

MIGUEL ANGEL PERERA

LAS BULAS DEL OBISPO



LAS BULAS DEL OBISPO
© MIGUEL ANGEL PERERA
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Aebius es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-518-9
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: © Marián González
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: Magda C. Vargas
magdac_vargas@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis
28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

PRÓLOGO

Corría el año de 1732 en medio de una larga guerra de “baja intensidad”, como dirían los estrategas de ahora, entre los colonos holandeses del Esequibo, los franceses de La Martinica y los españoles del Orinoco. Un inevitable enfrentamiento entre talantes opuestos pero con un mismo propósito: controlar el río y las tierras guayanesas. En medio, y jugando sus propias cartas, los indígenas peleaban a favor de ellos mismos tomando circunstancialmente parte por alguno de los bandos europeos en pugna,

Los industriosos flamencos de la “Costa Salvaje” o “Wilde coast”, habían logrado establecer a ambas orillas del río Esequibo, y en medio de su exuberante vegetación, numerosas haciendas de añil, algodón, azúcar, cacao y onoto. Los colonos franceses, constreñidos por la escasez de tierras de las pequeñas islas y por los pactos de familia entre la corona gala e hispana, coqueteaban con los nativos insulares y sus parientes guayaneses alentado aventuras colonizadoras, algunas enmascaradas de inocentes iniciativas misioneras, que les permitieran establecerse en Tierra Firme.

En contraste, la presencia ibérica en la enorme e inexplorada Guayana española se reducía, después de dos siglos de ocupación colonial, a un precario presidio a orillas del Orinoco, rodeado de ciénagas y entre peñones graníticos. Santo Tomé de Guayana, que así se llamaba aquel insalubre lugar, contaba con un trágico historial atestiguado por las murallas derruidas y los boquetes de las garitas del fortín construido para su defensa, varias veces asaltado por corsarios y piratas de distintas nacionalidades, en búsqueda de ilusorias riquezas. Riquezas legendarias que atraerían por igual a pillos y clérigos, a suecos y bucaneros.



Alrededor de la fortaleza, el vecindario, compuesto por el gobernador, sus funcionarios inmediatos y una treintena familias de peninsulares y criollos americanos, más otras tantas de mulatos e indios de servicio, se recogían en chozas de piedra, barro y paja. Cinco pedreros y cuarenta soldados mal alimentados, pagados con el erario de la lejana Santa Fe de Bogotá, formaban la tropa que protegía a la capital de la más vasta provincia española de ultramar, tan grande como la misma metrópolis.

Una docena de misioneros, entre capuchinos y jesuitas, aislados en las soledades del paisaje guayanés, constituían las otras piezas de magro ajedrez poblacional europeo de la provincia del mítico Dorado.

Contrapuestos en todo, católicos y protestantes convergían en un interés común: tener bajo control a la población aborigen sin la cual ni haciendas ni misiones podían prosperar. En ello, los holandeses y franceses también aventajaban a los hispanos. La administración de las posesiones flamencas corría a cargo de la Compañía de las Indias Occidentales que, como empresa privada de carácter mercantil, basó sus relaciones con los nativos en criterios comerciales sin tratar de cambiar directamente sus vidas y costumbres. La teoría calvinista de la predestinación estaba lejos de ensayar conquistarlos espiritualmente. Como razas inferiores, indios y negros habían sido creados por Dios para servir al pueblo elegido. La tecnología del blanco anglosajón se encargaría de consolidar la conquista territorial y la ética mercantilista de justificar cualquier intervención armada.

Algunas décadas atrás, en 1698 Ham Hugenhölzf, en una reunión del Consejo Directivo de la Compañía, conocido como el Consejo de los Diecinueve, definió muy claramente cual debía ser la política de la Compañía con los indígenas americanos

—¿Qué queremos en verdad de los indios? ¿Hacerlos holandeses con todos sus derechos? ¿Hacerlos devotos cristianos? ¿Enseñarles nuestros modos y costumbres? No, señorías, no. Guardaros de caer en la confusión y soberbia de los papistas españoles y portugueses. Las prioridades de la Compañía están aquí, en Europa. Nuestra empresa ha sido concebida para generar riqueza y traer a nuestra amada patria los recursos y los frutos que se dan en aquellas tierras y, en esa labor, los indios son la mano de obra que Dios ha puesto a nuestro servicio.



Garanticémosles escopetas, hachas, machetes, cuchillos, abundante alcohol y serán nuestros más fieles servidores. Comprémosles sus tierras por cualquier bagatela. Hagámosles firmar documentos que queden como prueba de nuestra honradez, pues no serán ellos quienes nos juzguen. Pero, si por el contrario, los lleváis a vuestros templos a orar, se reirán de vosotros, y si los sentáis en un pupitre, aquellos infelices párvulos acabarán sacándoos los ojos y devorando vuestras entrañas.

Tales prédicas no declaradas en documento oficial alguno, fueron en la práctica la doctrina colonial flamenca. Aquel aparente respecto por las culturas americanas, era en realidad profundo desprecio. Pero el pragmatismo de las relaciones comerciales entre colonos e indígenas les permitió poner a su servicio numerosos grupos locales y conciliar, en apariencia, rivalidades seculares entre las dos naciones más importantes de aquellas regiones: los caribes y los arawakos. A los primeros, enemigos a ultranza de los españoles, los hicieron su ejército irregular, a los segundos su policía colonial.

Algo similar en la práctica fue el credo colonial francés. Católicos y realistas, amantes de la libre empresa y comercio pero sumisos al poder de Versalles, colonos, burócratas y clérigos conjugaban esfuerzos para guardar las mejores relaciones con las reducidas poblaciones aborígenes de pescadores isleños, respetando sus modos de vida lejos del trabajo esclavo de las haciendas de caña al mismo tiempo que mantenían un sostenido contrabando de utensilios y armas con los parientes arawakos de esos isleños, que vivían en la planicie deltana del Orinoco. En el supremo objetivo secreto de fundar una sólida colonia en Guayana, las autoridades habían alentado en repetidas ocasiones, anteriores al año de nuestro relato, el establecimiento, de misioneros y soldados franceses camuflados de pacíficos colonos en los intrincados caños de la región. Aunque siempre descubiertos y fuertemente reprimidos por los hispanos, el sueño galo seguía vivo.

Caribes y arawakos eran entrenados en tácticas bélicas y apoyados con armamento y municiones con la comisión de golpear sin aviso las misiones hispanas. Los flamencos más activos, alentaban entre los caribes la captura de otros indios para que sirvieran de peones en sus factorías, a cambio de telas, abalorios, hachas, machetes, cuchillos, anzuelos, escopetas, municiones y aguardiente.



Las haciendas requerían de mano de obra en forma creciente. El alto número de muertes por epidemias y maltratos, exigía una reposición constante de hombres y mujeres. Aunque parte de sus necesidades las cubrían con la compra a los portugueses de negros esclavos, reputados como más fuertes pero menos dóciles que los nativos, el indio seguía siendo una pieza insustituible. Los capturados con este propósito eran para los caribes, carne para la venta, mercancía que obtenían en prolongadas razzias entre los pueblos del Orinoco sembrando desolación, terror y resentimientos difíciles de borrar.



Frente a las costas de Nueva Zelanda, capital y puerto principal del Esequibo, un navío flamenco navega sin prisa rumbo a Martinica, pasando por La Trinidad, para continuar viaje a Amberes. En su proa, la mano derecha de un hombre joven, de nombre Henry Malherbe Lladrid, asía el grueso cabo que une el mastelero de proa del viejo galeón con el bauprés, donde colgaba holgazana la verga de la vela cabecera. El dedo medio del joven lucía un anillo de oro con un rubí tan ancho como su falange.

Hacía una hora que la vetusta nave había soltado amarras y dejaba atrás la pestilencia de los muelles contruidos en medio de barracones de madera y paja. Bajo la canícula de un sol suspendido en un cielo plano, las cuadernas del *Oriane Verf*, crujían como los huesos de un artrítico incapaz de animarse con la ligera brisa de sotavento que soplabá en aquel mar, somero, caldoso y salobre.

—No os preocupéis caballero este barco gruñe porque es perezoso, pero veréis que con los días se portará obediente. Aprendió de los negros cuando los llevaba en sus bodegas y por ello, cuantos más golpes recibe mejor responde a su amo natural —dijo en un fluido francés el capitán Samuel Jonge acercándose al misterioso joven que había embarcado la noche anterior con destino a la isla francesa.

—Bienvenido a bordo del *Oriane Verf*, señor.

El joven permaneció en silencio con la mirada puesta al frente. La indiferencia del pasajero no perturbó el ánimo extro-



vertido del veterano lobo de mar. El pequeño y rechoncho capitán Jonge, se enorgullecía de ser el único comandante empleado por la Compañía que después de llegar a su retiro continuaba navegando. Al llegar a la edad de su retiro, la empresa le ofreció en pago a sus servicios, la venta del galeón que capitaneaba por una cantidad irrisoria que logró cancelar con el anticipo de su primer cargamento en las Costas Salvajes: onoto, *oriana verf*.

Junge se puso al lado del impávido pasajero para que este pudiera verlo. Su imagen no podía ser más esperpéntica ni el momento más serio. Durante las maniobras para salir a alta mar el capitán, religiosamente, se calaba su tricornio y chaquetilla de comandante al revés. Con tan extravagante comportamiento exorcizaba los malos presagios y garantizaba su regreso al último puerto de salida. La marinería, acostumbrada y respetuosa de aquella curiosa manía por el beneficio que significaba para todos, escuchaba con atención sus órdenes. Henry se quedó viéndolo de arriba a abajo con una sonrisa condescendiente. Con rostro ceñudo, el capitán fijó su mirada en la achocolatada superficie del mar como si pudiera ver el fondo. Los marineros de aquellas costas conocían los riesgos que entrañaba encallar en los extensos bancos de arena y cieno que bordeaban por kilómetros el litoral. Desde Nueva Zelanda la única salida posible a mar abierto era navegando a ciegas sobre los meandros cambiantes de un canal submarino invisible, marcado a intervalos regulares por rústicas boyas hechas con troncos de balsa y banderolas de liencillos rojos y negros atados a largas cañas de bambú. Un escuálido grumete, ágil como un mono, trepó al bauprés y a horcajadas comenzó a echar y recoger el calón con admirable rapidez cantando, una y otra vez, las profundidades que registraba

—¡Cuatro brazas y subiendo!

—¡Cinco a babor!, —gritaba el capitán al segundo de a bordo en el castillo de proa— ¡Cinco a babor! —repetía como un eco al timonel bajo la toldilla de popa— ¡Cinco a babor! —corea-



ba el ayudante del timonel— ¡Cinco a babor! —registraba el timonel una vez corregido el rumbo. En las primeras horas de navegación toda la atención de la tripulación del barco se centraba en la figura estafalaria del capitán que sólo se daba la vuelta para observar el comportamiento del viento en la banderola del mastelerillo, en la vela trinquete y la estaba del palo mayor en cuya cofa permanecía atento el vigía.

Entre los instantes libres que le dejaban las maniobras de salida, los ojos del capitán se deslizaban curiosos por la figura del misterioso pasajero. Su vestuario y la perfección de su rostro, lo llevaron a pensar que si fuera de madera hubiera sido un atractivo mascarón de proa. Las facciones del francés, de no mas de treinta años, parecían cinceladas sobre granito por un hábil cantero. Sus labios delgados y pómulos acentuaban el perfil de su nariz y el ligero prognatismo de un mentón cuadrado. Su cabellera clara, recogida por un cintillo, caía sobre el cuello de una camisa blanca de algodón parcialmente cubierta por una carmañola de lino marrón. Un ancho cinturón de cuero sujetaba las calzas de terciopelo negro que se fundían en unas botas altas de caña y rodilleras del mismo color. Terciado en banderola Henry Malherbe llevaba un grueso jubón de piel de jaguar y colgado del cuello una pequeña petaca.

—¿Sabe su merced como nos llaman los indios de aquí?

—No, ni me interesa.

—*Parana-ghiri*, que quiere decir hombre rudo de mar. Por su brusquedad..., —dijo maliciosamente—, me parece que vuestra merced también es un *parana-ghiri*.

—Tal vez —y diciendo esto se movió a la amura del barco donde un grupo de indígenas arawakos terminaban de amontonar y proteger contra el viento y la humedad varias pilas de mapires con mañoco y casabe para los españoles de Trinidad.

Al capitán Jonge le parecía imposible que aquel personaje altivo, y de elegante vestir, fuera el harapiento y desaliñado forastero que dos meses atrás había aparecido solo por los barriales de la calle mayor del poblado en un oscuro atardecer,



caminando descalzo bajo una lluvia torrencial. Su segundo de a bordo el señor Pieter Pieterszen, fue testigo. Lo vio entrar completamente empapado a la posada de Johan Groenewegen. Pedía un cuarto. El corpulento dueño del único albergue del pueblo, un mestizo de unos cincuenta años, nieto del fundador de Nueva Zelanda, y al parecer con la misma insultante salud de su abuelo, que murió a los noventa y dos fumando pipa y haciendo hijos, lo escudriñó tratando de adivinar de donde procedía aquella piltrafa. El joven tiritaba barboteando palabras confusas. Los parroquianos presentes en el salón se acercaron para tratar de ayudarlo. Farfullaba sin cesar y su cuerpo torcido se inclinaba hacia el lado donde le colgaba un jubón de piel de jaguar. Temblaba como si fuera víctima de alguna fuerte calentura. Incapaz de hacerse entender, con manos trémulas sacó de su petaca un florín de plata que puso sobre el mostrador; Groenewegen tomó la moneda y mandó a su mujer que le prepara una cama limpia y una buena sopa. Jan de Moor, el herrero y cirujano, lo tomó del brazo y lo acompañó al cuarto ayudándolo a acostarse en el catre. A la luz de un lamparón de aceite, Jan de Moor lo ayudó a quitarse los empapados calzones y la saya echa jirones que le cubría el cuerpo. Al intentar sacarle el jubón para ponerlo sobre la tajuela al lado del catre, sintió de parte del joven un fuerte rechazo dando lugar a un involuntario forcejeo que dejó ver la punta de un crucifijo de rica pedrería. Jan de Moor hombre discreto y buen cristiano, pidió excusas. El joven, se acostó agarrando fuertemente su jubón entre los brazos. Jan de Moor lo secó y cubrió con una sábana. Acercó a su cara el quinqué que colgaba de la pared, levantó uno de los párpados y observó detenidamente su pupila. No había duda, aquel hombre padecía de tercianas y sus diagnósticos pocas veces fallaban. Sin ser médico, su larga experiencia en hierbas y calenturas, le permitían reconocer un paludismo de lejos, únicamente con ver los ojos del enfermo. Tendió cuidadosamente el mosquitero de tul que rodeaba el catre y salió del cuarto. Dirigiéndose a la mujer de



Groenewegen en la cocina le sugirió que en lugar de sopa pusiera a hervir agua con corteza de cascarilla rayada: el remedio de los jesuitas, los polvos de la condesa.

La lluvia había cesado. Los parroquianos que día a día se congregaban en la fonda, para hablar de Holanda, de los tesoros del Dorado, del precio del azúcar, de las deserciones de los negros o de la osadía de los españoles; dejaron en las mesas sus jarras y se acercaron curiosos, acompañados del cortejo de mosquitos que rondaban sobre sus cabezas, a preguntar a Jan de Moor por el inesperado huésped. El vozarrón de Groenewegen en el mostrador se impuso.

—Decidnos herrero ¿qué habéis podido averiguar?

—En realidad no mucho salvo que tiene tercianas y los pies destrozados, llenos de llagas con niguas y alguna gusanera que habrá que sanar. Tal vez sea un misionero español pues vi como de su jubón sobresalía la punta de un crucifijo cuajado de esmeraldas.

Sin dejar de abanicarse y propinarse arteros manotazos los presentes escuchaban atentos.

—¿Qué decís, un papista aquí?, —profirió iracundo el desdentado Jan Lodewijksz, un fanático calvinista y otrora filibustero de La tortuga y San Cristóbal— ¡Quitémosle lo que tiene y arrojémosle al mar... —Iba a proseguir cuando por la puerta de la fonda prorrumpió agitado y sudoroso con sus borceguíes llenos de barro y su raída casaca mal abotonada el raquítico Samuel van Pere, el tasador.

—La lluvia me impidió venir antes ¿lo habéis visto? Estuvo en mi tienda. Es un gambusino francés que lleva encima buen oro. Yo le pagué en florines veinte gramos de finos cochanos y estoy seguro de que guarda encima varias barretillas fundidas, —añadió bajando el tono de voz y frotándose las manos huesudas.

—Uno de mis indios me asegura que lo vio atracar en una pequeña curiara bajo el aguacero, en el barranco al lado del chiquero de los negros ¿qué sabéis vosotros?, —concluyó lim-



piándose el sudor que le corría a chorros por las sienes y enjugaban unas largas patillas encanecidas que, según las malas lenguas, había tenido que dejarse para diferenciarse de su esposa que más parecía su hermano gemelo que su compañera.

—¿Pero, es o no papista? —volvió a preguntar confundido el filibustero.

—Qué importa lo que sea, —respondió el reverendo Johan van Oldenbarnevelt

—Es un hombre blanco, un cristiano enfermo que merece nuestra ayuda.

El ambiente parecía caldearse. Las noticias traídas por “el” van Pere, como le llamaban familiarmente, para distinguirlo de su cónyuge, añadía nuevos elementos a la especulación. Groenewegen dio un manotazo sobre el mostrador

—¡Silencio caballeros! El reverendo tiene razón, —sentenció el dueño de la fonda— además ese hombre, misionero, gambusino o lo que sea, está en mi casa y por la memoria de mi abuelo que aquí nadie le hará daño. Esperaremos a que mejore para saber algo más de él. Dentro de cinco días debe llegar el sargento de Kijkoveral a traer el parte quincenal al gobernador y podremos preguntarle si sabe algo. Tengo oído que desde hace algún tiempo hay unos misioneros franceses rondando por Imataca en tierras españolas. Y... ahora caballeros sentaos tranquilos, regresad a vuestras casas o haced lo que os venga en gana.

La conversación continuó animada y salpicada por toda clase de fantásticas elucubraciones sobre la procedencia y actividades del recién llegado, ante el silencio del señor Pieter Pieterszen, el último en irse a su cuarto cerca de donde descansaba el extranjero.

A la mañana siguiente el señor Pieterszen, en su visita matutina al barco para informar al capitán sobre la naturaleza y peso aproximado de los embarques contratados y hacerle entrega de las facturas correspondientes, le relató la aparición del hombre que había revolucionado la tranquilidad del pueblo y



de cuya evolución y demás detalles lo iría enterando en los días sucesivos, como parte de la rendición de cuentas.

El capitán Jonge apreciaba al señor Pieterszen. A pesar de la incomodidad que le producía el tono melifluo de su voz, y el amaneramiento servil de sus gestos, le había demostrado en repetidas ocasiones el temple que todo buen oficial debe mantener a la hora de tomar decisiones frente a situaciones difíciles. Por lo demás su admirable lealtad a bordo era únicamente comparable a la probidad de su gestión como agente marítimo. Los colonos de Esequibo se honraban con tenerlo en sus haciendas. Las damas, desacostumbradas al halago, al buen trato y las zalamerías, lo escuchaban con deleite frente a las miradas envidiosas de sus rústicos maridos. Jonge conocía y sabía valorar las singulares cualidades de aquel hombre al que cuidaba tanto como a su nave. Jonge tenía planes para él; esperaba confiarle el mando del *Oriana Verf* cuando las fuerzas no le acompañaran y terminara por recluirse, hasta su muerte, en un pequeño camarote en el alcázar de oficiales. Había jurado no volver a pisar tierra holandesa donde, decía, nada más lo aguardaban tristezas y reproches.

—De aquí me sacarán lastrado y con los pies para delante —repetía entre risotadas cuando los hacendados de Zelanda, que subían a bordo invitados a beberse un trago de buen oporto, que siempre tenía en abundancia, le proponían asociarse con ellos y establecerse en tierra.

—No gracias. Aquí tengo mi casa y mi hacienda. Lo poseo todo, aire, agua, luz, comida y buen vino; siembro margaritas y hasta llego a tener tulipanes —y mostraba a los presentes una larga fila de macetas, junto a las ventanas del castillo de popa, sembradas con bulbos que nunca llegaban a florecer.

Con el fin de mantener las relaciones más cordiales, el capitán Jonge y el señor Pieterszen, llegaron a un acuerdo según el cual, cada vez que el *Oriana Verf* atracaba en Zelanda, donde el barco solía permanecer entre dos y tres meses, el primer oficial se alojaría en la posada del puerto y el capitán utilizaría su



cabina para albergar, durante todo ese tiempo, a su familia americana: dos vivarachos mestizos y Laraima, su compañera, una sonriente indígena yao, mucho más joven que él e hija de un respetado cacique del Demerara que se decía su compadre. Tan pronto Laraima sabía que el *Oriana Verf* llegaba a puerto, tomaba a los muchachos, liaba sus bártulos y en pocas horas se instalaba en la nave para alegría de todos y en particular del solitario y viudo capitán.

Aquella relación, que para los colonos constituía motivo de escándalo, para el capitán no representaba un problema moral. En su interpretación de la predestinación calvinista no incluía a los salvajes americanos como razas hechas para servir a los blancos, tal y como era el caso de los negros. No podían ser condenados por Dios quienes no habían tenido oportunidad de conocerlo y, además los misioneros católicos habían demostrado que los indios tenían alma aunque inculta. Laraima y sus dos hijos era la única alegría que le quedaba de una vida marcada por la infidelidad y la desgracia.

—Ya sabéis, —decía a su cocinero y demás oficiales,— en cuanto lleguen mi mujer y mis hijos, la nave es vuestra. Mantened los asuntos de la marinería, haced las reparaciones necesarias y dejadme pasar tranquilo mi tiempo. La silenciosa popa del barco se transformaba en una bulliciosa casa de vecindad por la que deambulaba toda la familia de su mujer. Los pequeños llenaban de risas los cortos pasillos del barco y la cubierta. En la cabina de oficiales, los portulanos y los instrumentos de navegación, que solían esparcirse en dos amplias mesas, quedaban arrinconados en una alacena esquinera. Los estantes de roble se transformaban en escaparates de frutos tropicales y especias. Sobre gruesas planchas de hierro, tres topías servían de apoyo a un budare de barro en el que se cocinaba sin cesar tortas de maíz o de casabe y se horneaban tiernos plátanos y batatas. En el suelo se apilaba la leña y en los escaños, adosados a la borda interior, montones de yuca, ocumo y ñame junto a tinajas y recipientes de barro. De las



vigas colgaban las hamacas y junto a las ventanas ondeaban trapos y sayas de todos los colores. Un embriagante olor a vainilla, curry, cacao, humo, carne bucanada y pescado salado mantenía de cabeza al resto de la tripulación que debía conformarse con el insípido rancho del cocinero.

Cada mañana, el señor Pieterszen tocaba la puerta de la cabina antes de entrar

—Buen día capitán ¿Dais licencia para pasar?

—Adelante, Señor Pieterszen, ¿qué novedades tenéis hoy? ¿Se sabe algo más del joven extranjero?

—Sí, por cierto, parece ya completamente repuesto de sus calenturas aunque todavía no puede caminar bien. El herrero tuvo que ponerle los pies en salmuera para matarle las niguas que tenía enquistadas y le quemó dos gusaneras que aún no han cerrado. Escuché que el señor Groenewegen pudo hablar con el oficial de la guarnición de Kijkoveral y que éste le confirmó que llegó navegando por el Cuyuní, que es francés y de nombre Nicolás Gervais de Lladrid, con muchas y muy buenas recomendaciones del marqués de Champignes, gobernador de la Martinica, que atestiguan sus altas condiciones morales y las piadosas razones que lo han traído a estas tierras. La noche que permaneció con ellos en el presidio, les contó que era un mercader establecido en la Guadalupe que hacía negocio con los caribes del Guarapiche, junto a las bocas del Orinoco, pero que una tormenta lo desvió de su rumbo y náufrago arribó a la boca del Barima.

Jonge, en calzones, escuchaba atento mientras se mecía en la hamaca. Sobre su prominente vientre grande y blanco, como una hogaza de pan cubierta de harina, yacía dormido su hijo menor de dos años, un pequeño buda de chocolate.

—Vaya que interesante ¿pero no os parece un poco extraño que habiendo zozobrado en las costas del Barima, a tan escasas leguas de aquí, se internara hasta las selvas y montañas en tierras españolas para llegar a Zelanda descendiendo por el Cuyuní con una nada despreciable cantidad de oro según me habéis dicho?



Pieterszen movió la cabeza en señal de asentimiento

—Tenéis razón señor, tenéis razón. Pero hay otro detalle aún más extraño —y acercándose a su oído le dijo en voz baja— tal parece que el gobernador al ser informado por el oficial sobre la aparición fantasmal del joven en el presidio comentó algo así como... Gervais, Gervais... supe, hace algo más de un año, sobre un viejo cura francés que según el *outloper* Otto Gelskerke, de Punta de Playa, recaló por esos bajíos donde permaneció algunas jornadas. Cuando su excelencia fue informado de que aquel Gervais era un joven de menos de treinta años, el gobernador simplemente levantó los hombros.

El primer oficial miró hacia los lados y susurró

—Creo capitán, que estamos frente a un impostor. ¿No creéis que es un poco raro una carta tan laudatoria del marqués Chanpignes para alguien que nada más hace negocios?, —continuó frunciendo el ceño— bien está que el comercio sea una actividad bendita por Dios, pero tampoco es que sea tan piadosa, ni que para ejercerla se requiera de especial celo apostólico o docilidad de espíritu, de lo cual, como tendréis oportunidad de constatar personalmente, nuestro hombre da pocas muestras

—¿Qué queréis decir?

—Que anoche se acercó a mi mesa, me preguntó cuando partíamos y cual era nuestro destino, así que lo tendremos de pasajero.

El capitán asintió con gesto cómplice. La conversación giró hacia los temas comerciales. La capacidad del buque había sido contratada totalmente, las bodegas estaban repletas y las reparaciones menores realizadas. Era cosa de poner fecha a la partida. Laraima le sirvió al capitán un pan de maíz recién hecho relleno de carne de venado desmechada y aguacate

—¿Queréis probar Pieterszen? aprovechad que son los últimos y en breve zarparemos.

El día de la partida había llegado, el *Oriana Verft* navegaba lentamente y Henry, sentado bajo el coy desplegado a babor,

junto a las escaleras que ascendían al castillo de proa, miraba embelesado como la costa de Zelanda se desdibujaba entre las imágenes trémulas que producía la evaporación del agua salobre. Todos sus recuerdos, parecían fundirse en el horizonte fantasmagórico de aquella espesa calima.

Desde que la nave soltó amarras, miríadas de voces interiores e imágenes olvidadas, que lo remitían sin orden alguno a su más tierna infancia y a sus años adolescentes, parecían emerger del fondo del mar como si hubieran permanecido hundidas en el cieno, aplastadas por el ancla de aquel barco. Sus recuerdos más remotos afloraban sin control pugnando por volver a ocupar el lugar que les correspondían en el tiempo. Los más cercanos quería olvidarlos por su propia seguridad y la de su amigo. Bajo el aspecto flemático de su rostro Henry trataba de reprimir, con indecible esfuerzo, una alegría desconocida, el gozo inmenso de sentirse dueño de sí mismo y poder reivindicar lo que le fue arrebatado. Pero al mismo tiempo temía manifestar su alegría como si expresarla fuera pecado o pudiera despertar sospechas e incriminarlo como cómplice o autor en los sucesos acaecidos pocos meses atrás. Por último decidió abandonarse a los recuerdos de su infancia y la mezcla de sentimientos que ello le producía. Sintió un ahogó en el pecho y en la garganta y en su estómago una dolorosa contracción muscular que subió hasta hacerle explotar un llanto profundo e incontenible. Con cada lágrima salada que corría por sus mejillas, alguna parte de su cuerpo, órgano o hueso, supuraba viejos humores. Poco a poco lo invadió la aplacible sensación que produce el desahogo. En todos aquellos años, desde la muerte de su madre cuando tenía ocho años, Henry no había sido capaz de llorar una sola vez.

Con los espejismos marinos de aquella tarde y los últimos días pasados en aquel puerto perdido, apenas un punto en las cartas de navegación, Henry creía haber culminado definitivamente su aventura americana. Jamás llegó a imaginar los misterios que sus selvas podían esconder ni que sería en ellas



donde tendría la oportunidad de alcanzar lo que alguna vez, en sueños adolescentes, llegó a imaginar dialogando con las frías paredes de piedra de una celda en el ábside de la catedral de San Martín de Tours.

Ahora, viendo la costa a la distancia, sentía que había llegado a querer aquel nuevo mundo inocente e inculto pero cálido y embriagador a pesar de la dureza de sus gentes. Pensó incluso que podría haber vivido por el resto de sus días junto a la bella Oyokomai, hermana de Camico Topiwari mas todo se torció como si el destino le tuviera reservado la suerte de poder volver a ver a su amada Marie. Pero mejor era no pensar en ello.

Suspiró evocando las semanas pasadas en Zelanda. Para matar el tedio hasta el embarque, y cuando los calores del día menguaban, Henry recorría el pueblo de un extremo a otro. Deambulaba por sus dos calles sorteando charcos y mirando la perezosa navegación de algún bongo y de los pequeños esquifes de comerciantes o pescadores. La raquítica silueta del *Oriana Verf* contrastaba con la del enorme galeón negro de la Compañía que cada cuatro meses llegaba y quedaba surto mar afuera. En sus recorridos, solía verse acompañado por carromatos de bueyes cargados de caña o algodón y algún que otro hacendado llevado en andas por sudorosos esclavos de piel negra cubierta de llagas y moscas. Al cruzarse, los hombres blancos se hacían una pequeña venia, mientras que los negros, atados con fuertes cuerdas al cuello caminaban con la mirada perdida en el vacío bajo la vigilancia de los esbirros de la Compañía: la policía indígena, ex capataces de las plantaciones, personal de confianza de los hacendados investida por sus empleadores con poder sobre la vida o la muerte. Aquellos hombres, temidos por todos, con sus rostros embijados en rojo y negro, vestían raídas chaquetillas azules de otras guerras llenas de botones descoloridos que tapaban sus taparrabos de algodón. Ceñidos a la cintura por una ancha correa, portaban una pistola o un afilado machete y en la mano un látigo o unos pesados mazos de madera vistosamente decorados. Una

